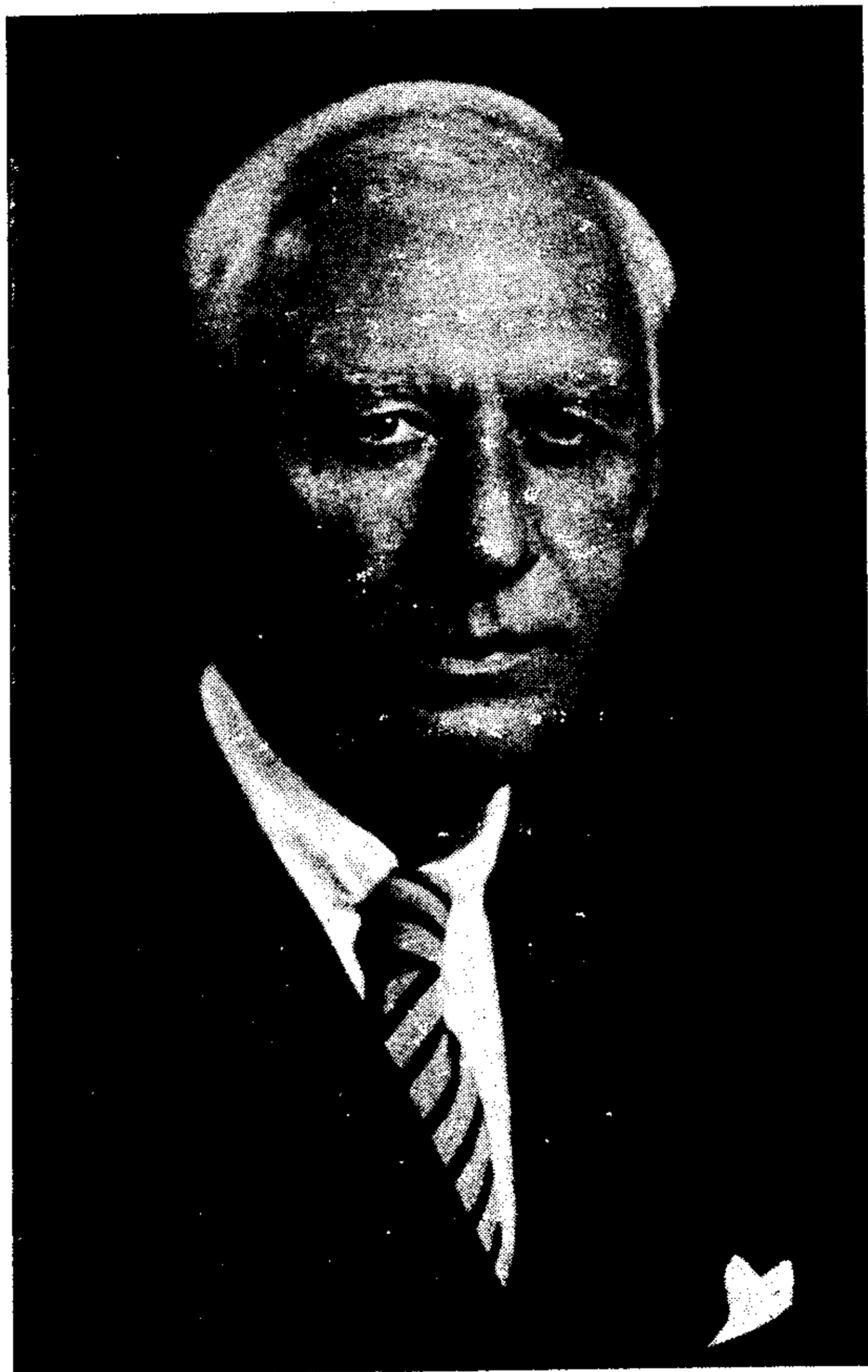


FRANK NORMAN WILSON

Noviembre 19, 1890 - Septiembre 11, 1952

El 11 de Septiembre, cuando no había cumplido aún sus 62 años, murió repentinamente, en su granja próxima a Stockbrige, el Profesor Frank N. Wilson.

Había sufrido, durante los últimos cuatro años, las alternativas de una larga enfermedad, que llegó a comprometer su corazón y



para combatir la cual se recurrió a la cirugía. El destino le fué adverso, pues hizo un paro cardíaco al iniciarse la anestesia, del cual recuperó, felizmente, sin consecuencias aparentes, después de más de 3 horas de ardua lucha. ¡Es que era demasiado fuerte su deseo de vivir, de seguir arrancando al corazón sus misterios!

Graduado en medicina en la Universidad de Michigan en 1913,

se dedicó de inmediato a proseguir sus estudios sobre la fisiología cardíaca, lo que le valió ser incluido en el grupo de jóvenes cardiológicos estado-unidenses, enviados a Inglaterra, durante la primera guerra mundial, para trabajar con Sir Thomas Lewis. Los 16 meses que pasó al lado de este sabio maestro, permitieron a Wilson familiarizarse con los métodos experimentales e interesarse cada vez más por el estudio del mecanismo cardíaco. Al mismo tiempo volvió a su país natal con un acendrado amor a las aves, que perduró, como su interés por la electrocardiografía, hasta los últimos instantes de su vida. Por eso no extrañaba a nadie, al recorrer su inigualable colección de diapositivos de la Heart Station, el encontrar la fotografía de un pájaro, al lado del más complicado electrocardiograma.

A su regreso de Inglaterra, después de pasar dos años como instructor de medicina en la Universidad de Washington, volvió Wilson a Ann Arbor como Profesor Asociado.

En ese magnífico pequeño jardín universitario, trabajó Wilson todo el resto de su vida. En el oscuro y mal ventilado reducido local improvisado debajo de la escalera de madera que conducía al anfiteatro, instaló la Heart Station, que recibió en 1922 el primer electrocardiógrafo de cuerda.

Allí empezó a declinar su entusiasmo por el estudio de las arritmias, y a intensificar en cambio su interés por el complejo ventricular.

Un año de alejamiento de sus actividades por razones de salud, le permitió completar el estudio de las altas matemáticas, ciencia hacia la cual había demostrado particular inclinación desde la juventud. Ello, unido a su dominio en la comprensión de los fenómenos bioeléctricos, lo hicieron avanzar cada vez más en el conocimiento del mecanismo de la activación cardíaca.

Con integral dedicación al problema y contando siempre con excelentes e infatigables colaboradores, a quienes distinguía en todo momento con amistoso trato, fué poco a poco construyendo las bases del sólido edificio científico en el que debía apoyarse, la hasta entonces electrocardiografía empírica.

La clínica no tardó en sacar provecho de sus geniales intuiciones y así incorporó rápidamente el concepto de áreas y no sólo de contornos electrocardiográficos; se aprendió a reconocer y localizar las lesiones del miocardio, tanto en su superficie como en el espesor de su pared; se interpretaron adecuadamente los trastornos de la

conducción intraventricular y, con el nacimiento de la electrocardiografía unipolar, se individualizaron las posiciones eléctricas, precisándose el significado de ciertos cambios hasta entonces difíciles de reconocer e inadvertidos en las derivaciones clásicas.

Ann Arbor fué pronto el punto de atracción de numerosos estudiosos, muchos de ellos centro y sudamericanos, a los cuales Wilson recibía y adiestraba con paternal solicitud. Ello, unido a las sabias enseñanzas que prodigara durante la amplia gira realizada hace 10 años, hizo que sus hallazgos alcanzaran rápida y amplia difusión. Y, todavía en vida, pudo ver el maestro como dentro y fuera de su país, numerosos discípulos difundían su doctrina y proseguían la obra que él hubiera deseado tanto terminar.

Hombre sencillo, enemigo de la jactancia y de la pompa, se vió obligado a recibir, sin embargo, antes de morir, cálidos homenajes de gratitud a su inigualable labor. Al cumplir sus 60 años de edad, *Circulation* y *American Heart Journal*, dedicaron sendos números a su obra sobresaliente. En el mismo año, la Sociedad Internacional de Cardiología, lo nombró Miembro de Honor, siendo el primero designado como tal. Esta elección reflejó el testimonio tácito de todos los cardiólogos del mundo, frente a la obra de este sabio, que fué el genial artesano de la electrocardiografía moderna. Finalmente, en 1951, le fué entregada la "Gold Heart Medal" de la American Heart Association.

En su laboratorio, en su granja o en su observatorio astronómico, lo mismo que en la vida exterior, Wilson se mostró siempre como un hombre humanamente afable y cariñoso, que sabía cambiar rápidamente el rostro severo del sabio preocupado por la sonrisa amable o el comentario risueño.

Sensible y emotivo, recordamos haberle visto deslizar una lágrima al entregarle el pergamino con que los cardiólogos argentinos le testimoniaron su inolvidable recuerdo y cordial agradecimiento, por las generosas enseñanzas recibidas.

La Sociedad Argentina de Cardiología, de la cual era Miembro Honorario, le rindió homenaje dedicándole una sesión a su memoria. Tanto ella, como el comité de la Sociedad Internacional de Cardiología, en nombre de todas las Sociedades adherentes, expresan a la digna esposa del sabio desaparecido, sus sentimientos de profunda simpatía.

B. Moia.